

Escuela Superior de Economía y Negocios

La realidad educativa avistada ante el coronavirus

Valeria Benítez, Francisco Hernández y Ernesto Padilla

Lenguaje III

Doctora María Tenorio

5 de diciembre de 2020

La realidad educativa avistada ante el coronavirus

Como mencionaba Nelson Mandela, la educación es la forma más poderosa de cambiar el mundo. Debido a la importancia de este servicio, la calidad del aprendizaje está en el punto de mira de muchos. Sin hacer una excepción, ante la nueva modalidad virtual de enseñanza adoptada en El Salvador a causa de la pandemia del coronavirus, la población ha encontrado diversas fallas en el sistema.

Algunas organizaciones especializadas y personas civiles han notado las barbaridades que los niños y jóvenes enfrentan en la educación pública salvadoreña. La desigualdad socioeconómica, por ejemplo, disminuye la probabilidad del aprendizaje a distancia. Asimismo, la escasez de recursos materiales y humanos expone a los estudiantes y a los docentes a un sistema poco preparado, lo cual resulta en altas limitaciones.

Como dice un refrán popular: muerto el perro, se acaba la rabia; si el problema viene del aprendizaje en línea, ¿cambiar de modalidad es una solución? Y sí, regresar a las escuelas parece una respuesta, mas se debe proteger al personal de la institución. Ante esto, aparece otra dificultad: no podemos tomar medidas de prevención ante el coronavirus, como el lavado frecuente de manos y el distanciamiento social, pues el sistema educativo salvadoreño, por años, no ha tenido la capacidad de satisfacer estos beneficios a la comunidad estudiantil.

Poca preparación y débil formación educativa

La educación es un tesoro más valioso que el dinero: una pieza clave de la productividad y el desarrollo de un país; sin embargo, muchas veces, no se brindan las oportunidades necesarias para que se mejore el bienestar social e individual. En El Salvador, dentro del corazón de ciertos hogares, existen preocupaciones ascendentes debido a la limitación de recursos que sobrellevan desde hace años, obstaculizando a los niños y jóvenes de su derecho a un aprendizaje de calidad. Además, teniendo en cuenta la nueva modalidad virtual a causa de la COVID-19, se ha evidenciado que los escasos dispositivos electrónicos, la falta de capacitación y las mínimas condiciones de materialidad pueden convertirse en problemas concretos para algunos alumnos y docentes.

En un artículo de Educo (2020) se narra la historia de un niño salvadoreño de escasos recursos, Christofer, cuya educación ha sido afectada por la pandemia del coronavirus y el cierre obligatorio de las escuelas. Sus padres han suplido el rol de los docentes, tratando de cubrir los temas y las actividades requeridas. Ellos no tuvieron la oportunidad de terminar sus estudios básicos y tienen limitaciones tecnológicas, lo cual supone un gran reto en proporcionarle ayuda a su hijo: “La verdad hay cosas que ni nosotros las entendemos” agregan. En el país, encontramos muchos casos como este; incluso, a veces, se carece de una persona que brinde un acompañamiento escolar o que tenga disposición o accesibilidad.

La instrucción de los niños es comprometida de manera desigual por la carencia de recursos y debido a que sus padres no poseen los conocimientos necesarios para guiarlos; por otro lado, en El Salvador, solamente el 48 % de los centros educativos de mayor tamaño y el 9 % de los más pequeños tienen docentes capacitados en tecnología (Fundación para la Educación Superior, 2020). Sin duda, se evidencia la poca preparación y la falta de entendimiento, lo cual

resulta en problemas que profundizan las brechas del aprendizaje y aumentan la marginalidad, trayendo consecuencias como la deserción escolar y la baja cobertura de los niveles de estudio.

Durante una entrevista, Fernando Reimers menciona que, si bien tener acceso a la tecnología y a los medios de comunicación se consideraba un lujo hace algunos años, hoy en día es una necesidad (Cordero Arroyo, 1999). El sistema educativo salvadoreño, así como los de otros países latinoamericanos, no rompe las barreras que detienen al propio país de prosperar a través de la enseñanza de los docentes y el aprendizaje de los estudiantes. Debemos, por lo tanto, buscar soluciones que, en vez de aumentar la brecha existente, satisfagan las necesidades del presente y las del futuro.

Desigualdad: ¿se ha evidenciado con las clases virtuales o ya existía?

Hace unos meses, cuando la crisis por COVID-19 estaba en su máximo apogeo, un primo se contactó conmigo. Él vive en un área rural de Soyapango. Su familia no tiene los recursos suficientes para cubrir con todos los gastos que genera la educación en línea; no posee una computadora, ni acceso a internet fijo y en su casa solo hay un celular con la capacidad de poder recibir y enviar tareas. Su llamada era de auxilio. Él no comprendía el contenido visto en matemáticas, puesto que se le dificultaba acceder a diario a sus clases. Cabe recalcar que me escribía de una a dos veces por semana, ya que en su hogar no recargaban el teléfono constantemente.

Alrededor del país, hay miles de familias con historias similares y la mayoría se encuentran en el área rural. Uno de los principales factores que dificulta la educación virtual es la escasez y la desigualdad tecnológica de recursos en los diversos sectores de la población. A pesar de que en Latinoamérica ha habido un avance significativo en los últimos años, este aun no alcanza las expectativas requeridas para cubrir con las necesidades existentes (CEPAL y UNESCO, 2020). Dicha brecha se hace más evidente en El Salvador gracias a estudios proporcionados por la Fundación para la Educación Superior (2020), los cuales muestran las precarias condiciones de acceso tanto en la ciudad como en el campo.

Sin duda alguna, la brecha tecnológica en El Salvador es alarmante, pero, ¿la desigualdad se ha evidenciado con la pandemia o ya existía y se ignoraba? Esta diferencia ha estado presente desde mucho tiempo atrás. En 2004, el sector público y privado, disponían de un promedio de tres computadoras por institución, entre las 6001 existentes de aquel entonces; además, solo 558 poseían internet (Picardo Joao, 2004). Dicho informe no se aleja tanto de la realidad actual.

Aunque los avances por disminuir este problema han incrementado, no han sido los suficientes para reducirlo. Así que, la COVID-19 nada más ha mostrado lo que ya se sabía.

Por otro lado, se debe reconocer que las medidas tomadas por el Ministerio de Educación para la continuidad de las clases representan la mejor opción, ya que previene los contagios por el virus; sin embargo, no la más eficaz, puesto que evidencia las desigualdades del país y con mayor énfasis en el campo. Por ello, es necesario cuestionarse si las entidades correspondientes han trabajado lo suficiente con el objetivo de disminuir esta brecha tecnológica y brindar los recursos necesarios, generando un aprendizaje igualitario entre el sector urbano y rural.

La verdadera calidad de la educación: ¿estudiar sin agua ni espacio?

En los artículos 2 y 35 de la Constitución del El Salvador, se establecen, respectivamente, los derechos al agua y a educación gratuita que dignifique. Ahora, ante un deseo popular de regresar a la modalidad presencial, debemos evaluar escenarios comunes donde se violan estos beneficios a través del hacinamiento en las escuelas públicas y la escasez del vital líquido y tras eso, será normal cuestionarnos sobre la calidad del sistema, ¿el Estado en realidad ofrece los requisitos mínimos para una buena enseñanza?

En el área rural, la densidad territorial sin acceso al agua puede ascender hasta a un 25% (Gies, 2018). Esto en 2015 afectaba a 1,138 centros escolares, repercutiendo en más de 150,000 estudiantes (“El castigo”, 2015). Debido a que la limpieza e higiene representan factores cruciales para combatir la propagación de la COVID-19, escenarios como este demuestran la incapacidad del Estado al otorgar un bien que es, además de vital, elemental para prevenir un virus que nos ha colocado en una situación extraordinaria.

También, la información demuestra que se atenta contra otro factor crucial: el sano (y necesario) distanciamiento. Según la Fundación para la Educación Superior (2020), aun reduciendo la cantidad de alumnos atendidos a la mitad y duplicando las jornadas, no se cumplirían con los requisitos mínimos para garantizar la protección ante el virus. Así como menciona Melissa, la hermana de uno de los escritores del presente texto, en las escuelas es común la falta de espacio, a punto de no poder siquiera caminar en el aula, pues si se dejan pasillos, no caben los cincuenta jóvenes que suelen haber en cada sección.

En conjunto, considerar estudios de grandes instituciones, como la FES, y escuchar los testimonios de jóvenes salvadoreños que han afrontado estos problemas en primera persona hace cuestionarse sobre la calidad, o por el contrario, la precariedad, en la que el sistema de educación

se encuentra. De igual manera, permite evaluar la viabilidad de retomar la modalidad presencial de nuevo y preguntarnos si eso no sería, como suele decirse, un disparo en el pie.

Conclusión

Por mucho tiempo, el aprendizaje público en El Salvador ha tenido limitantes que impiden que algunos niños y jóvenes gocen de una enseñanza preparada, equitativa y de calidad; si bien la modalidad virtual adoptada por la COVID-19 acrecentó estas barreras, la pandemia no es la causante directa. Por contraparte, diversos factores como la falta de recursos, desde básicos (agua y espacio), hasta tecnológicos (computadores e internet), y la desigualdad entre el área urbana y rural implican que el futuro de nuestro país se vea comprometido. Por ello debemos empezar a darle la importancia necesaria a la formación de los próximos líderes. Como dijo Paulo Freire: “La educación no cambia el mundo: cambia a las personas que van a cambiar el mundo”.

Referencias bibliográficas

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe y Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2020). La educación en tiempos de la pandemia de COVID-19. Naciones Unidas. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45904/S2000510_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Cordero Arroyo, G. (1999). Educación, pobreza y desigualdad. Entrevista al Dr. Fernando Reimers. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 1(1). Recuperado de <https://redie.uabc.mx/redie/article/view/10/18>
- El castigo de estudiar sin agua. (5 de julio de 2015). *La Prensa Gráfica*. Recuperado de <https://www.laprensagrafica.com/revistas/El-castigo-de-estudiar-sin-agua-20150705-0039.html>
- Fundación para la Educación Superior. (2020). *¿Aprender sin escuelas? Los desafíos de la continuidad educativa para los más vulnerables*. Santa Tecla, El Salvador. Recuperado de <http://www.fes.edu.sv/wp-content/uploads/2020/11/Libro-completo.pdf>
- Gies, H. (5 de noviembre del 2018). La crisis del agua en El Salvador [Entrada de blog]. Recuperado de <https://www.nationalgeographicla.com/agua/2018/11/crisis-agua-el-salvador>
- Ha llegado cuando más lo necesitábamos [Entrada de blog]. (21 de mayo del 2020). Recuperado de <https://www.educo.org/Blog/Ha-llegado-cuando-mas-lo-necesitabamos>
- Picardo Joao, O. (2004). Brecha digital en el sector educativo salvadoreño: retos y estrategias. *Realidad y reflexión*, 4(11), 8-20. Recuperado de

<http://redicces.org.sv/jspui/bitstream/10972/2755/1/Brecha%20digital%20en%20el%20sector%20educativo%20salvadore%c3%b1o%3a%20retos%20y%20estrategias.pdf>